



¡Buen camino, Jacobo!

Fernando Lalana



Editorial Bambú es un sello
de Editorial Casals, SA

© 2020, Fernando Lalana
© 2020, Editorial Casals, SA, por esta edición
Casp, 79 – 08013 Barcelona
Tel.: 902 107 007
editorialbambu.com
bambulector.com

Ilustración de la cubierta: Miguel Bustos
Diseño de la colección: Estudi Miquel Puig

Primera edición: febrero de 2020
ISBN: 978-84-8343-600-4
Depósito legal: B-1121-2020
Printed in Spain
Impreso en Anzos, SL
Fuenlabrada (Madrid)

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).

JACOBO

Jacobo era gordo.

Fue gordo desde que nació. Fue un bebé rollizo, de esos que tienen las pantorrillas como morcillas de arroz. Y cuando creció, se puso aún más gordo.

Durante los años en que Jacobo estudió en la escuela de Canfranc, su pueblo, nunca participó en carreras de sacos, ni jugó jamás a «tú la llevas» ni, mucho menos, se apuntó a las competiciones ciclistas que organizaba don Ansaldo, el maestro.

Sin embargo, Jacobo no era un niño perezoso. Simplemente, estaba condenado a no hacer ejercicio.

Y es que, además de un apetito formidable, Jacobo sufría una extraña dolencia que ninguna otra persona del mundo, que yo sepa, ha padecido hasta ahora.

Jacobo se enteró de su enfermedad poco después de cumplir los seis años, cuando recibieron en su casa la visita de la tía Victoria.

LA TÍA VICTORIA

Era hermana de la madre de Jacobo, y aquel verano, inesperadamente, se presentó en Canfranc, dispuesta a pasar las vacaciones en casa de su familia.

La tía Victoria era enfermera del Hospital Militar de Zaragoza y, claro está, sabía un montón de cosas sobre medicina e higiene. Pero, además, tenía un genio de mil demonios. Normal: la tía Victoria se pasaba la vida rodeada de soldados, sargentos y generales. Los generales tienen muy malas pulgas, sobre todo cuando les duele el estómago o el enemigo les ha acertado con un tiro en los glúteos. Por eso, de tanto cuidar a militares cascarrabias, a la tía Victoria se le había «agriado el carácter», como decía la madre de Jacobo.

Pues bien, aquel primer día de las vacaciones, la madre de Jacobo aseó a sus cinco hijos, los peinó y los preparó para recibir a su hermana.

La tía Victoria se deshizo en elogios hacia Manuela, Gabriela y Cósima, las hermanas de Jacobo. Las achuchó entre sus brazos y les lanzó mil piropos. Las llamó encantos, princesas, hermosuras del amor hermoso y otras cosas empalagosas. Y les dejó a las tres la cara llena de manchurrónes de carmín.

Luego le estampó también dos besos en las mejillas a Bartolomé, al que todos llamaban Bartolo, el hermano mayor de Jacobo, que tenía nueve años. De Bartolo dijo la tía Victoria que era guapo, guapísimo, como Tyrone Power.

Y, por fin, la tía Victoria clavó sus ojos azules en Jacobo, que esperaba su turno en posición de firmes, sudoroso, congestionado, coloradísimo, resoplando como un búfalo, con el

pescuezo oprimido por el corbatín anudado en torno al cuello de su camisa.

–¿Y a ti qué te pasa? –preguntó la tía Victoria, extrañada por el aspecto de su sobrino.

–Nada, tía... –respondió Jacobo, con un hilillo de voz.

La enfermera militar frunció el ceño, puso los brazos en jarras y sentenció:

–Este niño no está bien.

–Victoria, mujer, no le digas esas cosas al chico, a ver si lo vas a preocupar –le pidió la madre de Jacobo.

–Es que a este niño le pasa algo raro, hermana mía, que te lo digo yo, que de esto sé un rato.

–Bueno, y... ¿qué crees que le ocurre?

En lugar de responder, la tía Victoria se plantó ante Jacobo y comenzó a examinarlo con detenimiento. Le palpó la cara regordeta; le puso la mano en la frente, le observó con atención el fondo de los ojos, le hizo sacar la lengua, le mandó toser y, por fin, le pellizcó las mejillas, produciéndole unas hermosas ronchas rojas en los carrillos.

A esas alturas del examen, Jacobo estaba a punto de echarse a llorar. Fue entonces cuando llegó el diagnóstico de tía Victoria. Contundente, como un puñetazo entre los ojos.

–Está clarísimo: este chico tiene gonfletes.

–¡Jesús! ¡Gonfletes, nada menos! –exclamó la madre de Jacobo. Luego, parpadeó-. ¿Y eso qué es, hermana?

–Un mal muy poco corriente.

–Entonces... ¿me voy a morir? –preguntó Jacobo, cuya piel había pasado en un instante del rosa fuerte al blanco cera.

Su tía lo miró de arriba abajo. Y exclamó:

–¡Pues claro que te vas a morir!

–¡Aaah! –gritó Jacobo, llevándose las manos al pecho.

–¡Tú, yo, tu madre y tus hermanos! ¡Todos nos vamos a morir, memo! ¿No sabes que el ser humano es mortal por naturaleza?

Jacobo volvió a respirar.

–Quería decir que si me voy a morir pronto, por culpa de los gonfletes.

Tía Victoria gruñó bajito.

–Lo cierto es que no conozco a nadie que se haya muerto de gonfletes.

–¡Menos mal! –exclamó la madre de Jacobo.

–¡Pero para todo hay una primera vez! –contraatacó su hermana–. Cualquier enfermedad, por leve que sea, puede desembocar, si no se trata correctamente, en una dolencia grave y llevarte a la postración, el desahucio médico, la agonía, la muerte y, por fin, la putrefacción. Lo de los gusanitos y eso, ya sabes.

Jacobo sintió tal mareo que tuvo que ir a tumbarse en el sofá, con los pies en alto.

–Pero a mi hijo no le va a pasar nada de eso, ¿verdad, hermana? –dijo doña Manuela, de mal talante.

–Si se cuida, no.

–¿Y qué hago, tía? –preguntó Jacobo, ansiosamente–. ¿Qué hago para no morirme?

–No debes hacer nada.

–¿Nada?

–Nada en absoluto. Debes llevar una vida tranquila y ordenada. Sin esfuerzos innecesarios, sin sobresaltos, sin sudores, sin palpitaciones...

–¿Puedo jugar a la pelota?

–¡Por supuesto que no! ¿Es que no me estás oyendo? Nada de fútbol, ni carreras ni saltos ni empujones ni gritos. ¿Estamos? Nada de nada de todo eso. Tranquilidad absoluta, sobrino. Esa es la mejor receta para los gonfletes. El único remedio.

Desde aquel día, Jacobo se convirtió en un niño tranquilísimo. Cada vez más gordo y más tranquilo.

Un niño con gonfletes.

CANFRANC

El pueblo de Jacobo no era un pueblo como cualquier otro. Desde la Edad Media, Canfranc había sido un pueblo importante del Camino de Santiago: el primer pueblo que encontraban los peregrinos si entraban a España por Aragón, por el paso del Somport.

Desde hacía siglos, para los vecinos de Canfranc era cosa muy habitual ver peregrinos recorriendo la calle Mayor del pueblo.

LAS AMIGAS DE JACOBO

Jacobo tenía catorce años cuando terminó sus estudios en la escuela.

Como tenía gonfletes no podía trabajar en cualquier cosa, así que su padre lo puso a cuidar las vacas. Al punto de la mañana, Jacobo abría la puerta del establo y acompañaba a

su rebaño de doce vacas hasta un prado cercano al pueblo para que pastasen. Cuando caía la tarde, Jacobo volvía a casa, seguido por sus pacíficas vacas.

A veces, Jacobo veía pasar a lo lejos a un peregrino que marchaba hacia Santiago de Compostela. Se ponía entonces en pie y agitaba su sombrero hacia el caminante.

–¡Buen camino! –le gritaba Jacobo–. ¡Buen camino!

Y siempre, siempre, el peregrino le devolvía a Jacobo el saludo con un gesto del brazo.

A Jacobo, los peregrinos le daban envidia. Él nunca podría recorrer el Camino de Santiago, por culpa de los gonfletes.

Malditos gonfletes.

LA «MILI» EN DOS PALABRAS

Pasaron los años.

Jacobo cumplió los quince y los dieciséis. Y un año después de los dieciséis, curiosamente, cumplió los diecisiete.

En aquel tiempo, todos los chicos españoles, al cumplir los diecisiete años tenían que hacer el servicio militar. O sea, la «mili». Si no sabes qué es la mili, pregúntaselo a tu abuelo. O al abuelo de tu mejor amiga.

Aunque... por si acaso no tienes un abuelo a mano, te voy a explicar lo que era la mili en dos palabras.

La mili era algo parecido a jugar a la guerra, te gustase o no, durante un par de años. Había que vestirse de soldado y aprender a desfilarse sin perder el paso. Había que tener las botas siempre muy limpias y el fusil preparado. Había que vivir dentro de un cuartel lleno de chicos como tú, todos ves-

tidos de soldado. Un cuartel que casi siempre estaba en un sitio muy raro, como El Aaiún o las islas Chafarinas. Aunque también había cuarteles en sitios normales como Toledo o Barcelona.

Bueno, pues eso era la mili.

A Jacobo no le gustaba la idea de hacer la mili, pero no le quedaba otro remedio, porque era obligatoria. Y así, un día de primavera se subió al tren en Canfranc y se bajó cinco horas después en la estación del Arrabal, en Zaragoza.

Al bajar del tren, lo estaba esperando su tía Victoria.

–Hola, sobrino. ¿Has seguido mis instrucciones para no morirte de gonfletes?

–Pues claro que sí, tía. ¿No ves que sigo vivo?

–Sí, ya lo veo: vivo... y gordo como un trueno.

Jacobo y su tía salieron de la estación y subieron a un taxi.

–A la Gran Vía, número veintiocho –le dijo ella al taxista.

–¿A dónde vamos? –preguntó Jacobo.

–Vamos a ver al general Mantecón.

–¿Es un amigo tuyo?

–Mmm... más o menos.

GENERAL MANTECÓN

Aurelio Mantecón era viejo, alto, flaco y tenía el pelo panojo, cortado muy cortito.

–Buenas tardes, enfermera Iguácel –le dijo a la tía Victoria al abrir la puerta de su casa.

–Buenas tardes, mi general.

–¿Quién es este chico tan gordo?

–Es mi sobrino. Debería hacer la mili, pero no la va a hacer porque tiene gonfletes. Y los enfermos de gonfletes se libran de hacer la mili, ¿verdad, mi general?

El militar frunció el ceño.

–Huy... no, me parece que no. Lea el reglamento, enfermera. Se libran de hacer la mili los muy bajitos, los que tienen pies planos, los que padecen del corazón... pero eso de los gonfletes... Yo, al menos, no lo recuerdo.

La tía Victoria hizo un ruido con la lengua, así: ¡Tchch...!

–¡Qué mala memoria tiene usted, mi general! –contestó después–. ¿Tampoco recuerda cuando estuvo en el Hospital Militar para operarse de apendicitis y yo le permití fumar en pipa pese a que eso estaba terminantemente prohibido?

El general Mantecón se puso un poco colorado.

–Eehh... ah, sí, sí, de eso sí me acuerdo.

Total, que el militar carraspeó marcialmente –¡ejem, ep, aro!–, cogió una cuartilla, la metió en el rodillo de su máquina de escribir Olivetti y mecanografió lo siguiente:

El recluta Jacobo Bailo Iguácel, natural de Canfranc, Huesca, debe ser declarado NO APTO para realizar el servicio militar por padecer de gonfletes.

**Fdo. Aurelio Mantecón
General de Brigada**

Y luego, lo firmó con su pluma Parker. Pero antes de darle el papel a la tía Victoria, añadió a mano:

*Además, resulta patente que el recluta
Iguácel padece tremenda obesidad.*

–Esto, por si lo de los gonfletes no es suficiente –aclaró.
–Gracias, mi general –dijo la tía Victoria, guardándose el
papel.

JACOBO, EL INÚTIL

Al día siguiente, Jacobo regresó a Canfranc.

–¡Madre! –exclamó al entrar en casa–. ¡Ya estoy de vuelta!
–Pero... ¿Ya has terminado la mili? Yo creía que era más
larga.

–Si es que no me han dejado hacerla, madre. Me han de-
clarado inútil.

–¡Inútil! ¡Qué alegría, Jacobo, hijo mío...!

Al principio, a Jacobo no le importó que lo declarasen
inútil, con tal de volver a su casa, con su familia y sus vacas.
Pero pronto se percató de que no todo eran ventajas.

Cuando los chicos del pueblo estaban plantando una cucaña
en la plaza para las fiestas mayores, Jacobo se acercó para
ayudar.

–¿Cómo vas a ayudarnos si eres inútil? –dijo Mariano,
que era el mayor de todos–. Vamos, vamos, aparta y déjanos
trabajar.

Jacobo frunció el ceño y se marchó.

A la semana siguiente, el Morris 1100 de don Casto, el

veterinario, se atascó en el barro. El padre de Jacobo acudió con su tractor para socorrerlo y Jacobo se acercó para ayudar. Pero su padre no le dejó.

–Hazle caso –le dijo don Casto a Jacobo–. Nada de esfuerzos, que tienes que cuidarte esos gonfletes. Y abrígate bien, no te vayas a constipar.

Así, al cabo de un tiempo, en su pueblo, Jacobo ya no era Jacobo. Era Jacobo «el inútil». Y se volvió un chico triste. Cada vez más triste.

Hasta que un día de septiembre, Jacobo decidió que estaba harto.

LA DECISIÓN DE JACOBO

Doña Manuela estaba extendiendo azarollas en el suelo de la falsa, que es como llamamos en Aragón al desván de las casas, y, de pronto, Jacobo apareció en la puerta.

–He decidido que voy a hacer el Camino –anunció.

–¿Qué camino?

–¡Cuál va a ser, madre! ¡El Camino de Santiago! Estoy harto de ser un inútil. Voy a ir andando hasta Compostela para pedirle al santo que me cure los gonfletes.

Su madre lo miró, atónita.

–Hasta Santiago, nada menos. ¿No será demasiado para ti, hijo mío? –le preguntó tras un breve silencio.

–Estoy seguro de que podré andarlo. Desde el prado veo pasar muchos peregrinos. Algunos de ellos son ancianos y achacosos. Hasta he visto un par de cojos, que caminaban

apoyados en una muleta. Si ellos pueden llegar a Santiago de Compostela, yo también lo haré. ¡Saldré mañana mismo!

Jacobo se dio la media vuelta y su madre se quedó con la boca abierta durante dos minutos.

LOS PREPARATIVOS

Pasada la primera sorpresa, toda la familia decidió ayudar a Jacobo a preparar su viaje.

Sus tres hermanas se encargaron de buscarle la ropa adecuada. Bartolo le cortó una vara larga de madera de avellano que le sirviera de apoyo al andar.

El señor Bailo, su padre, sacó su cartera y, con cierto dolor de corazón, le dio un par de billetes de mil pesetas. Era un buen dinero.

Y Manuela, su madre, le dio un montón de consejos:

–Nunca te sientes a la sombra de las higueras. No bebas agua fría. Cámbiate de ropa al menos una vez por semana. Y lávate los dientes todos los días. Nunca cenes demasiado. Y no hagas ruido al tomar la sopa, a no ser que los demás lo hagan. Abrígate bien por las noches. Duerme de lado, para no roncar. No hables con desconocidos y no gastes el dinero que te ha dado tu padre en chucherías, que te conozco.

Jacobo sonrió. Asintió con la cabeza y cerró los ojos.

Se sentía preparado para salir.

SEGUNDA PARTE:

HACIENDO CAMINO

(En la que se narran las aventuras
y desventuras de Jacobo, de camino
a Santiago de Compostela)

Primera jornada

DE CANFRANC A SAN ADRIÁN DE SÁSABE

miércoles, 29 de septiembre

DIRECCIÓN SUR

Cuando Jacobo salió hacia Santiago, la mañana era azul y alegre.

Realmente, nadie en el pueblo creía que Jacobo fuera capaz de recorrer ni siquiera una pequeña parte del Camino. Todos pensaban que no llegaría siquiera a alcanzar el horizonte.

Solo él mismo estaba convencido de lo que hacía.

Después de un tiempo caminando, Jacobo se paró a descansar. Apenas había dejado atrás el pueblo de Villanúa, el más cercano a Canfranc, y ya se sentía agotado y con un hambre feroz.

–No puedo más –se dijo, angustiado–. Esto es terrible.

Pensó por primera vez en rendirse y regresar a casa, pero, al darse la vuelta, descubrió que el camino sería entonces cuesta arriba.

–¡Imposible...! –se dijo.

La única solución era seguir adelante hasta encontrar un lugar donde le vendieran algo de comida con la que recuperar fuerzas.

Con esa idea, echó a andar de nuevo. Y anduvo. Anduvo y anduvo largo rato, como un autómata, cuesta abajo, hasta que, con la última luz de la tarde, llegó a la bella ermita de San Adrián de Sásabe. Junto a la ermita había una pardina donde pudo comprar pan, queso y hasta una botella de gaseosa.

Jacobo se lo zampó todo mientras conversaba con el dueño de la pardina, que se llamaba Mario y era sordo como una tapia. Y con su loro, que no tenía nombre y hablaba como una cotorra.

Mario le propuso a Jacobo quedarse a dormir en su casa.

–Aquí nunca duermen los peregrinos, pues prefieren llegar a Jaca, donde hay albergue. Pero, si quieres, tengo una habitación con cama.

Jacobo aceptó. Recorrer aquellos pocos kilómetros desde Canfranc había supuesto para él una auténtica proeza. Pero ya no podía ni con su alma.

Mañana, una vez descansado, volvería a casa y les contaría a todos su hazaña. Era cierto que no había llegado a Santiago, pero había realizado un gran esfuerzo. Estaba muy satisfecho.

Segunda jornada

DE SAN ADRIÁN DE SÁSABE A JACA

jueves, 30 de septiembre

BÁLSAMO

A la mañana siguiente, al despertar, Jacobo descubrió que le dolía todo el cuerpo. Y especialmente, los pies. Las sandalias le habían causado rozaduras y, con cada paso, veía las estrellas. En ese estado, no podría llegar muy lejos.

Y Mario, que era un experto en rozaduras ajenas, le recomendó aplicarse en los pies el famoso bálsamo del peregrino.

—¿Dónde puedo comprar ese bálsamo maravilloso? —preguntó Jacobo.

—El próximo pueblo es Castiello, pero allí no hay farmacia. En Jaca, sí. En Jaca hay tres farmacias, nada menos.

Jacobo suspiró.

—Bien. Entonces, iré hasta Jaca. Allí compraré el ungüento para los pies y, en lugar de regresar andando, cogeré el tren para volver a casa. Ya no puedo más. Es demasiado camino para mí —concluyó Jacobo.

—¿Te rindes, pues?

–Me rindo, don Mario. Me rindo.

–Vaya...

Aunque solo lo separaban de Jaca siete u ocho kilómetros, a Jacobo, por culpa de sus pies doloridos, le llevó el resto del día llegar hasta allí.

Cuando se plantó ante la farmacia de la calle Mayor, se hallaba exhausto. El boticario estaba a punto de bajar la persiana, pero se apiadó de él y le vendió un frasco de bálsamo, agua oxigenada, gasas y unas tiritas.

Con todo ello en el morral, Jacobo buscó el albergue de peregrinos, donde se podía dormir gratis y cenar por muy poco dinero.

Al llegar al albergue se habría zampado con gusto una tortilla de bacalao de seis huevos, pero se conformó con lo que le ofrecieron: un plato de sopa de verdura, un muslo de pollo y un vaso de leche.

Muchos peregrinos dividían entonces el Camino de Santiago en veintidós etapas, que es un número mágico y hermoso. Veintidós días de marcha. Aunque a Jacobo le había costado el doble de lo habitual, había conseguido completar la primera etapa.

Al apoyar la cabeza en la almohada, Jacobo ya tenía claro que no iba a alcanzar Santiago de Compostela, pero, al menos, había llegado hasta Jaca, que también era una ciudad muy bonita. Ya tenía algo estupendo que contarles a sus vacas.

Se sentía satisfecho, y tan agotado, que se durmió al instante.

Tercera jornada

DE JACA A BERDÚN

viernes, 1 de octubre

JACA

Al día siguiente, Jacobo se despertó contento.

Durante la noche, sus pies habían mejorado mucho, gracias al ungüento.

Tras desayunar, preguntó dónde estaba la estación del tren, pero, de camino, pensó que, antes de regresar a Canfranc, estaría bien comprar una tarjeta postal y enviársela a su familia por correo, que era lo que hacía la gente cuando salía de viaje.

Decidió, además, enviarse otra postal a sí mismo. Estaba seguro de que le haría muchísima ilusión. No había recibido una carta desde la que le envió el ejército para decirle que tenía que hacer la mili.

En un quiosco de la calle Mayor, Jacobo compró una postal de la peña Oroel y otra del parque de Jaca en un día nevado. Y, además, un bolígrafo BIC y una libreta con muelle. Y sellos en un estanco. Y, en una tienda cercana, compró chorizo, pan y otras cosas de comer.

Por fin, se sentó en un banco del parque para escribir sus postales.

Y entonces... resultó que no se le ocurría nada.

Trató de inspirarse mirando a los ancianos que paseaban por los alrededores. Y a las mujeres que paseaban con sus hijos pequeños. Y a un perro, que parecía pasear a su amo y que se meaba un poco en cada árbol.

Pero no se le ocurría nada.

Echó a andar. Al final del parque nacía un camino que descendía hasta el río Aragón. Bajó por él hasta llegar a la orilla y se sentó en una piedra. Pensó y pensó, arrullado por el murmullo del agua.

Pero no se le ocurría nada.

Jacobo se levantó de nuevo y comenzó a andar a la orilla del río. Y, esta vez, anduvo un rato muy largo, entre árboles de ribera, acompañado por el reflejo del sol sobre las aguas y el piar de los pajaricos.

Después de un rato, le entró hambre, de modo que se preparó un bocadillo de chorizo, se lo comió y, luego, se echó la siesta.

Cuando despertó, la inspiración le llegó de golpe. Cogió el BIC y la libreta y escribió, todo seguido:

Querida familia:

Os escribo desde el Camino de Santiago. Todo lo que veo es muy bonito. He dormido en Jaca. Jaca también es muy bonita. Me dolían los

pies, pero ya no me duelen. He visto un alimoche. Era muy... bonito. Hace muy buen tiempo y las abejas zumban como tontas sobre las zarzamoras. Ayer cogí setas, pero me dijeron que eran venenosas y las he tirado. Un señor me ha dado un trozo de melón.

Pronto volveré a casa. Os quiere mucho vuestro hijo y hermano, que lo es:

Jacobo

Jacobo copió en limpio la carta en una de las tarjetas postales, con letra pequeñita para que le cupiese todo. En la otra, la destinada a sí mismo, solo escribió: «Aquí estuve yo», la fecha y la firma.

Cuando terminó de escribir, el sol ya descendía hacia el horizonte.

Miró a su alrededor y se sobresaltó al no ver las casas de Jaca por ningún lado. Quizá las tapaban los árboles. O quizá se había alejado más de la cuenta. Podía regresar sobre sus pasos, claro, pero tal vez se le hiciera de noche antes de llegar.

—¿Y ahora qué? —se preguntó.

Hacia donde caía el sol, distinguió a lo lejos un pueblo amurallado, plantado sobre una colina redonda. Calculó que le llevaría una media hora llegar hasta él. «Y aunque parece mucho más pequeño que Jaca, quizá tenga una oficina de Correos», pensó Jacobo.

Y, sin conocer siquiera su nombre, se dirigió hacia la villa de Berdún.¹

BERDÚN

Estaba más alejado de lo que parecía.

Jacobo llegó a Berdún ya de noche, guiándose por la luz de las farolas del pueblo. Las calles se hallaban desiertas, pero en la fachada del ayuntamiento vio un buzón, de color gris plata y decorado con la bandera de España.

Echó las dos postales por la ranura y, luego, miró a su alrededor. No se veía un alma, ni siquiera luz en las ventanas de las casas.

Antes, subiendo desde el río, había visto un pequeño cobertizo junto a una huerta. Y decidió pasar allí la noche.

Cenó uvas y nueces. Luego, extendió en el suelo su manta de campaña y se durmió como un bendito, con la cabeza apoyada en un saco de fertilizante ERT.

Estaba hecho polvo.

¹ ¡Ojo! No confundir con Verdún, Francia, lugar de la terrible batalla durante la Gran Guerra. (N. del A.)